

El Escorial

La magia de un lugar

José María Calvo



Editorial  Creación

Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escribanos y atenderemos su petición gustosamente.

Historia, Testimonio, Filosofía

© José María Calvo
© Editorial Creación
Jaime Marquet, 9
28200 - San Lorenzo de El Escorial
(Madrid)
Tel.: 91 890 47 33
E-mail: oficina@editorialcreacion.com
www.editorialcreacion.com

Diseño de portada: Mejiel
Dibujos (incluido el de la portada): Félix Ayuso
Primera edición: Septiembre de 2009

ISBN: 978-84-95919-47-2
Depósito Legal:

Printed in Spain

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

ÍNDICE

Pórtico	9
I: 1978	23
II: Los pueblos.....	35
III: El Real Monasterio	49
IV: La Herrería	65
V: Caciques y gurriatos	77
VI: La educación.....	83
VII: Epílogo	105

DIBUJOS

Monasterio. Esquina lonja en otoño.....	3
Llegada de Guadarrama	7
La Plaza y los Soportales	22
La Iglesia de San Bernabé.....	34
Monasterio. Nevada en la Plaza. Atardecer	48
Pico del fraile	63
Monasterio. Fresno de la Huerta	75
Monasterio punto com	100
Cuesta de la Flor	105
Monasterio. Huerta del árbol nevado.....	106
Iglesia de San Lorenzo.....	109



Llegando de Guadarrama en Otoño

PÓRTICO

«Si percutís el aire, suena el tiempo, algo que os aguarda entregará su recado. Y os sentiréis más de la patria total de los nacidos» (Ramón de Garciasol).

De Madrid al cielo, solemos decir. Pues bien, esto es cierto, pero antes hay que vivir el Escorial. De Madrid al cielo después de reposar en el Escorial, como poetiza mi amiga y gran poeta Isabel Diez Serrano, cuando tituló su libro de poemas *De Madrid al cielo, pasando por el Escorial*. Porque ese mismo destino habían elegido los hados para mí, al igual que para muchos otros. Desde El Escorial es más fácil alcanzar el Cielo.

Quiero hacer unas reflexiones sobre unas tierras y unas gentes, con las que mi vida ha ido poco a poco configurándose. Reflexiones henchidas de emociones y pasiones, de agradecimientos y, sobre todo, de amor. No sé si este amor mío es el «amor intelectualis» que colmó la intensa vida del filósofo Baruch Spinoza, o un «ensayo de amor intelectual» que diría más tarde Ortega, en sus *Meditaciones del Quijote*.

No abro este fragmento de mi vida a los que ya creen saber. ¡De qué serviría!; tampoco para los otros. No enseño nada, puesto que soy perpetuo aprendiz de vida: no conozco la senda de la verdad, ni el lugar do la bondad habita, aunque la busco con insistencia. Solamente muestro y vivo, vivo y amo. Un amor atractivo, pero reflexivo, pensado, y, sobre todo, sentido.

Es un estado de atracción-repulsión, que caminan hermanados. No es mi propósito, pues, hacer historia ni ciencia, ni llegar a ninguna verdad objetiva, encaramada sobre

nuestras mentes. No me encuentro capacitado para ningún tipo de análisis histórico, social, o económico.

Es sencillamente la vida, mi vida vivida con otras vidas. Me gustaría, si supiera cómo, arrojar todas las palabras de este pequeño libro para, de algún modo, soñar mi experiencia. No es mi propósito llevar palabras muertas al papel, sino contagiaros el sentir del corazón. Os preguntáis cuál es la finalidad que persigue, qué es lo que procura transmitir, de qué trata este libro. En lugar de continuar volcando sobre vosotros unas palabras más o menos vacías de significado, voy tratar de insinuarles algunos indicios que, en alguna medida, les faciliten la captación de la experiencia viviente que el libro pretende ser.

Quiero seguir la senda de los pioneros y acrecentar, difundir y eternizar el caudal de sensaciones que promueve este ínclito lugar.

El más bello y valioso documento histórico está en la capacidad de cada uno para verlo, sentirlo y amarlo.

En estas páginas abro de par en par al mundo mi alma ya escurialense, algo más que juvenil que no se resigna a ser evaporada por el constante acoso de la madurez, en un acto de pura reminiscencia platónica. Y hoy quiero compartir con todos vosotros, con mis amigos, con quienes tratáis de comprender y disculpar mis desvaríos, unos pensamientos y unos sentimientos, que han ido forjando mi ser a pesar de que era algo diferente lo que mis preceptores, que diría Descartes, querían enseñarme. Pero ya me conocéis. Yo soy así.

Todos queremos alcanzar el cielo, pero no siempre encontramos el camino acertado. Comencé a vislumbrarlo cuando llegué a estas tierras serranas, que enseguida te orientan, apartan el velo que lo cubre, y te marcan la ruta, aupándote hasta verlo y casi tocarlo con los dedos. Lo demás depende de cada uno.

Llegué a ti con hambre desmedida,
Para que guíes mi alma desolada,
Hasta la cumbre más alta de tu vida,
Donde pueda saborear el dulce néctar
Que regocije un corazón muy abatido
Que ansía le sacies de ebriedad,
Le muestres las entradas no visibles,
Y tu cielo alcance seducido.

Llegué a Madrid, desde mis tierras zamoranas, en busca de mi cielo que anhelaba y nunca conseguía. Un cielo que refulgía dentro de mi alma, y que se me escapaba día a día de las manos.

Cual náufrago arribas a tu isla y te agarras con fuerza a la que crees fuerte y firme rama. Más ilusiones que fuerzas me guiaban y el desconocimiento de esta tierra prometida.

Se dice que para alcanzar el cielo, primero hay que pasar por el purgatorio, no sé si también por el infierno, aunque parece que de éste puede ser difícil la salida.

Comencé mi purgatorio para lograr la fortuna, mi buena fortuna, por doquier, pero ella altiva me esquivaba. Fueron tiempos difíciles en los que parecía que la diosa fortuna solo sonreía a los que no la necesitaban.

Luego he llegado a comprender que la fortuna hay que labrarla, día a día, y, a menudo, regarla con lágrimas. Cada persona, cuando asciende a su monte particular, tiene que pasar por noches oscuras. Es esta oscuridad la que te prepara para poder comprender la luz de la alborada.

Duro fue mi bregar en la capital del reino; más que al cielo parecía encaminarme hacia los mismísimos infiernos.

Ciertos retazos de cielo pude conseguir, y, entre luchar y purgar, comprendí también que tu cielo va contigo, que te sigue a dondequiera que lo busques o lo des.

Y llegaron a mi memoria mis cielos más primigenios; primero, aquellos limpios cielos de Villamor de los Escuderos, después los cielos de Toro, los de la ciudad de Zamora, y aquellos de la ciudad universitaria de Salamanca.

Aprendí algo más, que todos los cielos llevan asidos a sus espaldas retazos de purgatorio. Más aún, son estos negros retazos los que te ayudan a reconocer los otros más relucientes.

Llegué a Madrid, con mi juventud a cuestas, pidiendo un sitio en este mundo, y comprendí en seguida que la vida no es fácil y la competencia es dura.

En un momento importante de esta historia de mi vida, alguien llama a mi puerta para ofrecerme una vida fuera de la ciudad. Se presenta ante mi vida un nuevo cielo, una nueva aurora, y hacia esta nueva Ariadna que nos ofrece dulce lazo, encaminamos nues-

tros pasos. El nuevo cielo a conseguir tenía el nombre de Escorial.

¡Qué quieren que les diga! Oigan, ¡que yo soy de pueblo!, aunque ya sé que a ustedes les gusta llamarse «el pueblo de Madrid».

No lo dudé un momento. Con las maletas a medio hacer, pusimos nuestros pies en San Lorenzo. Por eso, San Lorenzo y El Escorial se me aparecieron como nuevos y relucientes cielos.

Estas tierras serranas se encuentran conformadas por una geografía, una naturaleza única, y por unas gentes, sus gentes, de manera que la misma naturaleza brota y siente por la acción de sus moradores y estos, a su vez, son el fruto de su eterno repiqueteo.

Hace ya más de 30 años que llegué a estas tierras que únicamente había visitado como turista. La idea era estar una temporada de prueba para descansar de la gran ciudad. Al fin y al cabo tenemos a Madrid a un tiro

de piedra, como aquel que dice, y podemos acercarnos siempre que lo deseemos.

Y fue una temporada de muchos años y lo que pueda durar todavía, y ya casi soy uno más de entre vosotros.

Me propongo regresar a mi yo de todos estos años, en busca de aquel tiempo pasado y no sé si perdido, a ese yo que no esta ya presente, pero que yace custodiado paradójicamente por el olvido que supo ponerlo a salvo de la voracidad del tiempo. Este yo que nos llega hoy, que al recuperarlo nos trae con él aromas de eternidad, de paraíso. Los verdaderos paraísos son los paraísos perdidos, dice Proust.

Nuestra idea era probar a ver que tal nos iría. Iniciar una nueva aventura. Y esta aventura ha durado toda una vida.

Yo tenía una idea muy clara dentro de mi cabeza, solo ponía una condición: para ser feliz tenía que vivir en el suelo.

Nunca me han gustado los pisos, en los que a menudo me sentí prisionero y que se me asemejan a jaulas.

Más de treinta, años, la mayor parte de mi vida, en San Lorenzo y en El Escorial, compartiendo una esencia que se hacía entre sus gentes, sobre todo con los jóvenes aspirantes a filósofos, han ido convirtiéndome en deudor de todos ellos.

Como fruto ya maduro de esta esencia realizada a golpe de yunque y martillo, van brotando a borbotones, desde lo más profundo que hay en mí, estas reflexiones sentimentales, que solo quieren ser eso, puras meditaciones que la historia y la geografía escorialenses han ido introduciendo en mí, y han alimentado mi alma, hasta formar con ella una sola carne, un mismo espíritu, a lo largo de cada día, cada instante, en estos largos años de convivencia.

He tenido mi residencia en ambos pueblos, en San Lorenzo y en El Escorial; he

ejercido como profesor, primero en el Real Colegio Alfonso XII, después en el Instituto de bachillerato Juan de Herrera, para terminar mi vida profesional, en el nuevo instituto de Enseñanza Secundaria El Escorial.

Pero ¿y mi vida personal? Llegué a medio hacer y mi vida ha ido haciéndose y deshaciéndose en cada instante, en cada contacto con estas gentes gurriatas y caciques. Primero en la Calle Santa Rosa y alrededores. Santa Rita, o la subida por la calle Velázquez hasta el Real Colegio Alfonso XII, o las calles Floridablanca y del Rey. ¡Qué decir de aquellos largos paseos por la Lonja, o los mercadillos de los jueves y de los miércoles de cada semana!

Especial recuerdo para la calle Matías López y el camino por la Avenida de la Constitución hasta el instituto.

Todo ello iba calando muy dentro de mí y conformaba mi nuevo ser que se iba haciendo.

Como intrépido español, vine a descubrir nuevas tierras, y fueron ellas las que me descubrieron a mí, y en ellas fui encontrándome a mí mismo. Los paseos matinales de los domingos para saludar al nuevo sol y al nuevo día, a través del Monte Abantos, de Las Machotas, de San Benito, del Malagón. Las acampadas en el bosque de La Herrería. Las subidas al pétreo mirador de la Silla de Felipe II, etc., etc. ¡Qué decir de Las Casitas, las del Príncipe y la del Infante!

Vecino de la Casita del Príncipe, sus jardines han sido dueños de mis sueños, de mis lágrimas y alegrías. Los árboles han sido testigos no mudos de mis fantasías e ilusiones, al tiempo que alentaban y reconfortaban mi caminar.

Por fin, el Real Monasterio, dentro del cual comencé mi vida escurialense y al que dedicaré un capítulo en este libro. Todo ello y mucho más ha ido formando este nuevo ser que abandonó una ciudad en la que no se en-

El Escorial (La magia de un lugar)

contraba, para hallarse, y muy a gusto, entre unas tierras preñadas de magia.

Termino estas palabras prologales agradeciendo a estos amigos que están ahí cuando más los necesitas, su apoyo y colaboración. Especialmente a Félix Ayuso, que con sus excelentes dibujos tanto esplendor ha dado al libro.



La Plaza y los Soportales